

tender su afecto, y mas distante de sospechar los artificiosos engaños de su compostura ó adorno.

Jamás he podido oír una dulce y graciosa melodía sin quedar disgustado de no poderla imitar, ni me ha sido posible contemplar una pintura espresiva sin maldecir mi desgracia de no haber sido pintor: mil veces he soñado que tendria doble placer y sensaciones mucho mas gratas, si como las siento en mí, al oír la música ó al ver un cuadro, pudiese exitarlas en otros.

¿Pero es acaso lo mismo el gusto que la práctica de las artes? ¿En esa misma práctica no hay algunas diferencias y algunos grados? Yo concibo que este gusto no solo es laudable sino apetecible; y en mi concepto, esencial á nuestra humana organizacion. La música, el baile, la imitacion son una especie de instinto que Dios colocó en el número de los placeres concedidos al hombre para valancear los males de la vida.

Siempre he tenido por imperfectos á aquellos individuos á quienes la naturaleza ha rehusado la inteligencia ó el sentimiento. Es verdad que no carecen de ningun sentido, pero á cada uno de estos órganos les falta lo que constituye su perfeccion y su mas delicada finura, de modo que podria decirse: que están enfermos de una dolencia menos aparente, pero mas general. No son ciegos ni sordos; pero solo ven y oyen, mas ó menos mal.

El gusto de las artes, aquel instinto confuso, aquella indecisa y vaga disposicion de la naturaleza se desarrolla progresivamente y adquiere por las pruebas que hace de sí mismo, mas estension y elevacion, mas exactitud y pureza. Cuando ha llegado á una esquisita delicadeza de discernimiento y de eleccion, sin la cual no existiria y cuando se ha elevado á la inteligencia de lo verdadero y